

1. ANTONIO ÁLAMO

(Córdoba, 1964)

El arte de ver

Partiré de una experiencia personal. A principios de este año estrené una obra titulada *El arte de ver*. Su protagonista era Sara Barker, una bailarina con la enfermedad de Stargardt. Ya había trabajado con ella anteriormente, pero, en esta ocasión, iba a enfrentarse por primera vez con un texto dramático. La idea de la obra era muy simple: ella está durmiendo y, en su sueño, ensaya una obra de teatro -*La vida es sueño*, para más señas- en la que ella es vidente. Pero, a lo largo de ese ensayo, suceden cosas extrañas -estamos en un sueño, claro- entre ella y sus compañeros de reparto, que incluye un hombre lobo, un actor sin ganas de ensayar, un hombre de cristal, dos peces de colores, un repartidor de pizzas y una niña de once años, que no es sino ella misma antes de perder totalmente la visión. En ese universo -cuya traducción escenográfica evocaba una gran cama- pretendíamos ocultar al público que Sara era ciega hasta que advirtiera, en un momento dado, al mismo tiempo que su personaje, que todo lo que había presenciado era una pura invención, puesto que ella nada podía ver sino sombras y bultos. El desafío que nos habíamos propuesto era que el público, al mismo tiempo que el personaje de Sara, recuperara la visión o, mejor dicho, la ceguera, para experimentar la conmoción de que todo lo vivido no era sino un sueño y de que su propia vida estaba hecha de esa misma sustancia: “No me queda otra -decía-. No sé cómo sois, pero me lo invento”. Sara cumplió tan bien con su papel que parte del público acabó pensando que era una actriz vidente que representaba una mujer ciega que soñaba que veía. Y daba igual que el propio texto explicitara las circunstancias de la actriz y de la pieza: ese parte del público se resistía con obstinación a creer algo distinto a la ficción.

Casi todas nuestras obras teatrales empiezan del mismo modo: con un repentino apagón de luz. Nos quedamos a oscuras. Entonces, frente a nosotros, una parte del espacio se ilumina. Es un momento que, teatralmente, siempre funciona. De esa misma forma comienzan muchos de los relatos míticos sobre la creación del mundo: la luz se separa de las tinieblas. El teatro ha hecho suyo ese procedimiento. No por nada, etimológicamente, la palabra teatro proviene de *theatron*, que viene a significar lugar para ver.

De una forma ideal cada obra propone un universo que, hasta ese momento, no ha sido explorado. Así que entramos en la sala de ensayos como ciegos, pero dispuestos a alumbrar un nuevo territorio. ¿Ambicioso? Desde luego. Idealmente, siempre lo somos. Esa ambición puede ser más o menos ligera, más o menos trascendente. En cualquier caso, el único termómetro con el contamos es el de la emoción. A veces esta proviene de recordar intensamente algo que ya sabíamos. Ese recordar también puede ser considerada una visión. Recordamos lo que ya sabíamos porque volvemos a ver desde otro ángulo y con otras sombras.